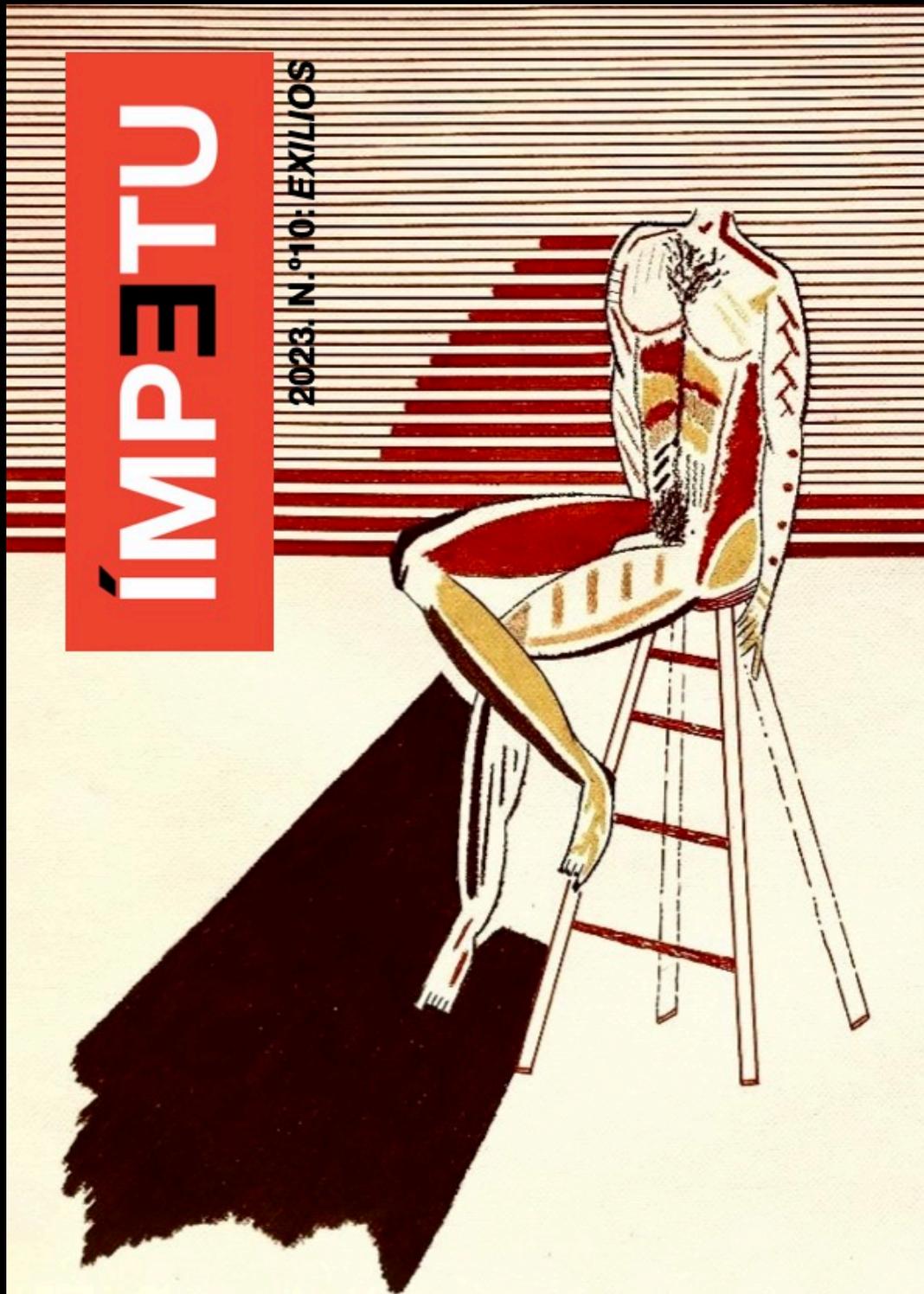


DIALOGARTE

UNA CONVERSACIÓN CON **DAVID UCLÉS**





DAVID UCLÉS (Úbeda, 1990) es escritor, músico, dibujante y traductor. En el campo de la literatura, recientemente ha sido galardonado con una beca Leonardo de la Fundación BBVA, para escribir la novela *La península de las casas vacías*, y este 2022 también ha recibido la beca de Escritura Montserrat Roig 2022, para escribir la novela *La ciudad de las luces muertas* en el Museu Picasso de Barcelona. En 2019 recibió el Premio Complutense de Literatura en la modalidad de narrativa por su novela *El llanto del león*, y en 2020 publicó *Emilio y Octubre* (Dos Bigotes), su primera incursión en realismo mágico. Con el relato *La filósofa en el café y el pintor en el prostíbulo* obtuvo la Primera Mención del Premio Internacional de Narrativa Breve «Cristina Tomi» 2021, y con el relato *Bicardio Reis*, el accésit del X Premio Pedro Zarco. En prensa ha escrito para la revista ACTÚA el relato *De Madrid al suelo*, para QUO *Inversión acuática* y para ESQUIRE *¿Dónde desea usted morir?* Su obra *El llanto del león* se mostró en 2022 en la Feria del Libro de Fráncfort y ha tenido una adaptación teatral.

A photograph of a room with walls covered in numerous papers, documents, and photographs. The room is dimly lit, with a warm, yellowish glow from a lamp on a wooden stand in the foreground. A modern, black, cylindrical table lamp with a grid of small lights is also visible. The papers on the wall are of various sizes and colors, some appearing to be musical scores or research documents. The overall atmosphere is one of a creative or intellectual workspace.

Como músico, compone al arpa, al piano, al acordeón y a la guitarra; ha realizado la música de varias obras de teatro, documentales y exposiciones: Tabacalera, Centro Nacional Francés de Investigación Científica, LesGaiCineMad... Su trabajo musical se encuentra en las plataformas digitales, y su obra pictórica en su página web y en la galería de arte internacional «Singularart». En cuanto a su formación lingüística, es licenciado en Traducción e Interpretación. Ha trabajado en Alemania, Suiza y Francia como profesor de español, alemán, francés e inglés. Actualmente reside entre Barcelona y los Alpes, donde ha escrito su segunda novela en francés y entabla frecuentemente con miembros del Oulipo.



Tu trayectoria es impresionante David, desde el arpa a la pluma, pasando por las ceras blandas de trazo suave como medio de expresión. En *Emilio y Octubre* (2020) ya se atisba una sinergia entre escritura, música y arte. Como artista multidisciplinar, ¿cómo influyen tus diferentes formas de expresión creativa entre sí? ¿Encuentras alguna sinergia o interacción entre tus habilidades como escritor, músico, dibujante y traductor?

Las tres artes parten de lugares diferentes: pinto para relajarme, debido al carácter mecánico del oficio, que me sirve de meditación; hago música buscando el desahogo, pues cantar con fuerza se acerca al grito, a soltar emociones y nudos; y escribo para evadirme de la realidad, sin olvidar

ni un solo instante que no sólo escribo para mí, sino también para un lector que pretendo que se evada con la lectura. Si bien, el motor que me empuja a crear en general es la necesidad de buscar/encontrar la belleza (ya sea en la combinación de colores y formas, en las armonías y juegos con los sonidos y silencios, o en la creación de imágenes literarias que se queden en la memoria). El arte me es terapia, pero no lo concibo sin que pueda servir a los otros.

¿Qué significa el exilio para David Uclés?

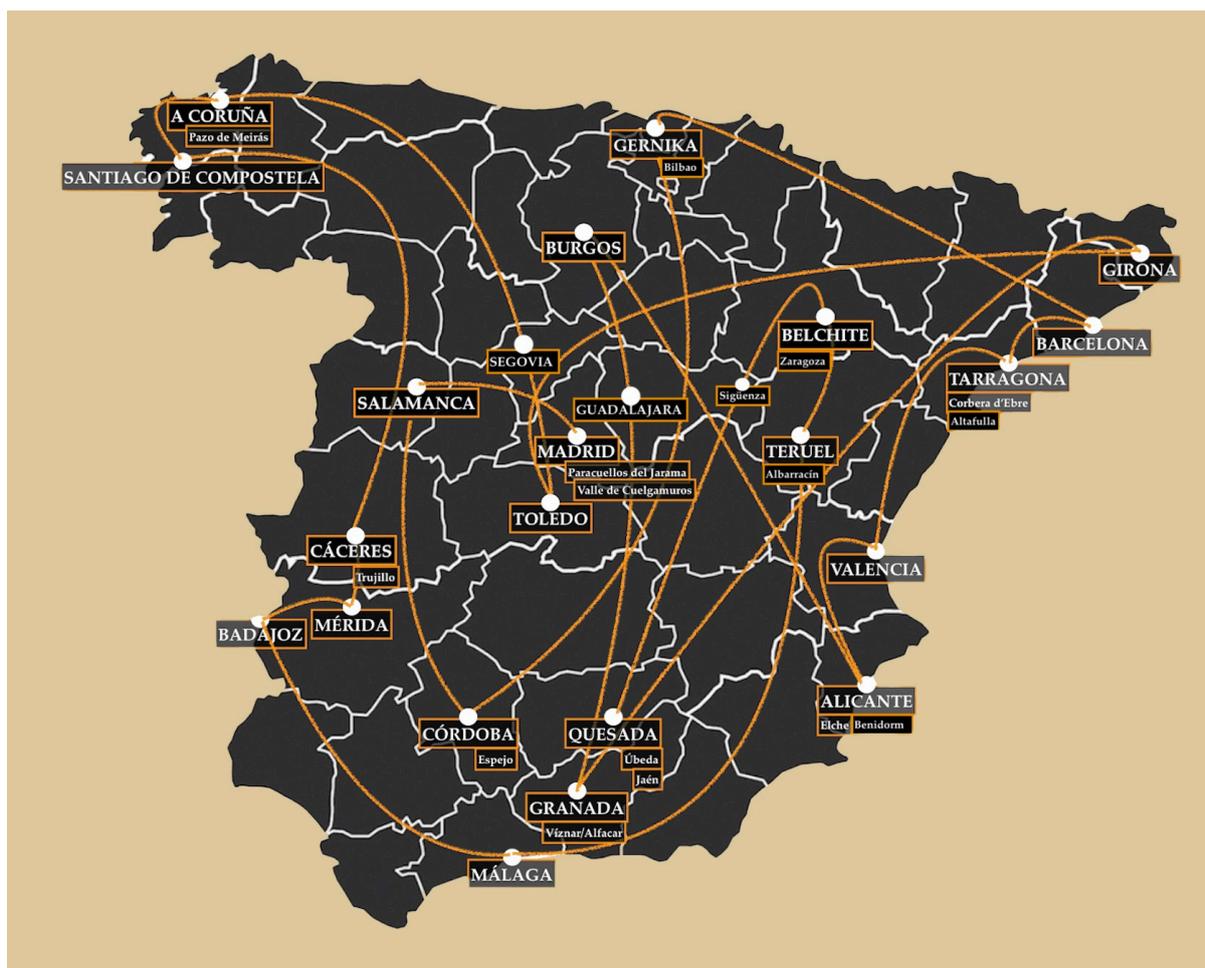
Creo recordar que fue Cristina Peri Rossi quien dijo que «todos estamos exiliados de algo». Desde mis dieciocho, estos últimos quince años me he mudado cada año de ciudad/país, y a veces varias ocasiones en el mismo año. Al principio se debía a mi trabajo, siempre inconstante y mutante; si bien, hubo un momento en el que encontré cierta raíz en, precisamente, no echarla en ningún sitio, en autoexiliarse para no «ser» respecto a un lugar, sino en sí mismo. Y en ese momento me encuentro ahora. Me gusta sentirme extranjero, siempre y cuando el exilio sea autoimpuesto. Ese exilio es bello. El otro me causa mucha pena y actualmente lucho, pluma mediante, por honrar a los que tuvieron que exiliarse antes, durante y después de la Guerra Civil.

Al concebir *EXILIOS*, desde *ÍMPETU* repensamos la indivisibilidad conceptual entre lenguaje, identidad, pertenencia, cartografía, memoria y política. Gayatri Chakravorty Spivak afirmaba que la traducción es el acto más íntimo de leer y que se rendía ante el texto cuando traducía. Como traductor e intérprete, además de viajero nato, nuestra pregunta se acerca hacia esta intimidad en tu labor de escritura. ¿Qué lugar ocupa la dualidad del viajero y el conocimiento del mundo en ti? ¿Cómo ha influido tu propio testimonio, y los testimonios en tu obra?

Actualmente no me dedico a la traducción, pero siempre digo que es gracias a mi formación y experiencia lingüística que escribo. Cuantas más lenguas aprendo, más comprendo la mía propia. Una de las que más me ayudó a desgranar la relación entre lo escrito y la realidad más «tangible» fue la lengua de signos, que condensa y conceptualiza la realidad como ninguna otra. En cuanto a tus preguntas: Machado dijo una vez que «uno no es de donde nace, sino de donde quiere morir». ¡Y yo no hago más que reubicar mi lugar de sepultura! Cuando me mudo, hago mía la ciudad de destino, sintiéndola propia tanto o más de lo que lo hacen los propios paisanos. Esto conlleva tiempo y labor, y es por ello que no viajo, sino me mudo. Hoy día me siento andaluz, gallego, madrileño, catalán, francés, alemán y suizo. Así que no, no sé dónde me enterrarán. Que me despedacen como a Teresa de Ávila y me entierren en todos esos lugares —siempre y cuando mi mano no se la quede un dictador gallego.

El proceso de documentación de tu novela se enraiza con la propia guerra civil española como tema. Un recorrido cargado de historias, experiencias, sangre y desgracias. ¿Cuál fue el momento más sentido en tu viaje? ¿Qué esperamos de «La península de las casas vacías»?

Tengo una costumbre peculiar; consiste en sentarme en un lugar cargado de historia e intentar engañar a la mente, haciéndole pensar que me encuentro en otro momento temporal. Entonces evoco y llamo a los protagonistas de dicho lugar y «hablo» con ellos. De ahí que, cuando vivía en Montmartre, antes de tocar el acordeón en sus calles dedicaba unas palabras en voz baja a Piaf, Brel o Barbara; y otros días me iba junto a la tumba de Cortázar para leer a su lado «Rayuela», o al sepulcro de Berlioz a llevarle flores y escuchar su «Sinfonía Fantástica». Así, de los viajes que realicé por Iberia, los momentos sentidos fueron muchos: sentado en la bocana del puerto de Alicante y pensando en los republicanos que se suicidaron; tocando los restos de la antigua plaza de toros de Badajoz; paseando en el cementerio de Paracuellos o entre las ruinas de Belchite... Otro momento que me marcó fue poder visitar la última casa que habitó Unamuno. En cuanto a «La península de las casas vacías»: será una novela que narrará absolutamente toda la Guerra Civil y en todo el territorio nacional, pero contada en realismo mágico. En el libro invierto la lógica y la física de los lugares, personas y acontecimientos para crear escenas bellas —y a veces grotescas— que se queden grabadas y ayuden al lector a acercarse a esa herida nacional —y a recordarla.



Recientemente has sido galardonado con una beca Leonardo de la Fundación BBVA, para escribir la novela «La península de las casas vacías» y nos consta que tu proceso de investigación e inspiración se ha basado en una ruta por Iberia. ¿Podrías contarnos más sobre tu experiencia y el papel que ha jugado el desplazamiento en tu proceso creativo? ¿Cuál ha sido el gran descubrimiento de esta aventura y cómo has descubierto lo desconocido en ti?

Han sido cuarenta ciudades las que he visitado en mi afán por visitar los lugares más emblemáticos de la Guerra Civil, allá donde ocurrieron las mayores atrocidades y los más bellos milagros. Por nombrar algunos de los destinos: Gernika, Bilbao, Belchite, Teruel, Badajoz, Espejo, la carretera de Málaga, el Valle de los Caídos, Paracuellos del Jarama, Girona, el Pazo de Meirás, Salamanca, Burgos, Segovia, Guadalajara, Granada, Toledo, Alicante, Valencia... Estos viajes me ayudaron a limar los episodios de mi libro y otorgarles un nexo más veraz y fortalecido con el lugar descrito. En cuanto al gran descubrimiento de estos quince mil kilómetros, me quedaría con Girona y Cáceres. La belleza de ambas ciudades me impresionó y marcó mucho.

Al repensar el exilio, y en especial el exilio republicano español, siempre salen a la luz los conceptos de nostalgia, pérdida, tristeza o desterritorialización. No obstante, creo que quizás en España y por nuestro propio proceso de transición tras una dictadura, sea necesario creer en la agencia de unas voces premeditadamente silenciadas. ¿Qué significa para ti la agencia y la ética dentro de tu proceso como artista?

El silencio impuesto por la dictadura de Franco fue atroz, y el efecto silenciador de la Transición —fuera o no la vía más adecuada para pasar de un régimen autocrático a una democracia— también fue devastador. Ralentizaron la necesaria memoria histórica. Las heridas que no cicatrizan se enquistan. Pronto se cumplirán cien años del inicio de la guerra, y si llegamos a esa fecha sin haber explicado bien nuestra historia y sin haber hecho por donde para dar una sepultura digna a las víctimas, la herida se volverá a abrir. Estoy seguro de ello.

No escribo para remover conciencias. Al menos, no es mi objetivo principal. Si bien, espero que «La península de las casas vacías» despierte la curiosidad del lector. Almudena Grandes dijo algo parecido en una entrevista una vez, que si sus libros despertaban al menos la curiosidad histórica de uno de los lectores, ya era todo un éxito.



Respecto a la ética; he intentado narrar el conflicto bélico de forma neutral; es decir, exponiendo las atrocidades sin juzgar si vinieron de una parte o de otra. Esa es mi ética: no manipular la información. Y estoy contento y orgulloso de haberlo logrado, por mucho que, en el futuro —y estoy seguro de ello—, me recriminen lo contrario.

Como artista, ¿crees que hay alguna interacción entre tus habilidades artísticas y tu proceso de autoexpresión personal? ¿Sientes que cada una de tus disciplinas artísticas representa diferentes aspectos de tu identidad o perspectiva?

Creo que, si entre todas mis disciplinas he apostado más por la literaria, se debe a que esta implica todas las artes, casi como el cine: la musicalidad está en la prosa trabajada y rítmica; la plasticidad arquitectónica se halla en los escenarios oníricos que con tanto esmero describo en las páginas, y, por supuesto, mi entusiasmo por

narrar historias y hacer viajar al lector está presente en la introducción paulatina y con mucho tacto a un mundo muy similar al nuestro pero de orden surrealista.



Si nos lo permites, la dualidad, lo erótico, la comunidad y la intimidad parecen ser constantes en tus dibujos. Al deleitarnos con tu obra, nos aproximamos a un instante cercano, ensoñado, vivido y plenamente natural. ¿Cuáles son las influencias que más te han marcado y de qué manera has buscado crear tu propio estilo distintivo? ¿Cómo te relacionas con las narrativas históricas de la representación homoerótica en el arte?

Dibujo desnudos porque me gusta sacar a la luz las anatomías ocultas del cuerpo humano, es decir, vestir a mis modelos con sus diferentes y propias capas: los músculos, las venas, los huesos, los nervios, la piel... También me gusta exponer

escenas cotidianas e íntimas —la masturbación de un joven, abrazos de cuerpos desnudos, una mujer sin ropa tomando el sol—, es cierto. Quizás tengo un toque voyeurista, no lo sé. En cuanto a mi estilo, surgió. Hubo un verano en el que, de forma instintiva, incorporé el blanco del papel a los cuerpos desnudos, y desde entonces no puedo dejar de hacerlo. Como curiosidad, me impongo ciertas normas a la hora de pintar: nunca uso goma, no utilizo la regla, no mezclo los colores (los que se ven pertenecen a una cera de ese color) y no elimino los trazos iniciales de lápiz.

Como en la escritura, la música tiene la capacidad de expresar la pérdida, la nostalgia y la memoria. ¿Crees que son temas recurrentes en tu obra? ¿Cómo son abordados en tu música y qué te impulsa a explorarlos? ¿Crees que la música tiene el poder de sanar o consolar a quienes han experimentado cualquier tipo de pérdida?

Sí, creo firmemente que la música es el instrumento más directo y eficaz para remover los sentimientos y las emociones del otro. Como buen romántico que soy, cargo con mucha nostalgia y camino con el cuello girado hacia atrás. Mi obra está plagada de esa melancolía que produce mirar hacia el tiempo pasado, perdido, que fue... Sé que la música sana, y creo que, de entre todas las artes, debería ser la



que con más ahínco se practicara y enseñara en las aulas. Yo salí del instituto sabiendo tocar el «Himno de Andalucía» con la flauta, y nada más. Si me hubieran enseñado a leer partituras y a tocar un instrumento más complejo, probablemente habría canalizado mejor ciertas emociones.

Si el mundo acabase y tuvieras que quedarte con un libro, una traducción, una pintura, y una canción, ¿cuáles serían y por qué?

Libro: Antes de morir, si puedo elegir, me gustaría leer algo que me lleve de nuevo a la infancia. Quizás escogería un libro que me leía de pequeño: «Las aventuras de Tati». Volver a la infancia antes de morir es cerrar un ciclo, volver a la nada de la que surgimos. Por el contrario, si tuviera que salvar de las llamas un solo libro, sería «Las metamorfosis» de Ovidio.

Traducción: La traducción que realizó Fernando de Valenzuela —para Acantilado— de la obra cúlspide de las letras checas «El buen soldado Svejk» me parece el mejor ejemplo de una traducción maravillosa. Consigue hacerte reír, cosa que el resto de ediciones del mismo libro no pueden.

Pintura: Aquí no tengo ninguna duda. De nuevo, escogería la primera pintura de mi vida, la que tenía colgada —y tiene— mi madre en mi cuarto en Úbeda: «El buen pastor» de Murillo. Nada me lleva mejor a la infancia y, por ende, a la muerte.

Canción: Tampoco dudo aquí. Podría morir en paz si escucho una última vez el «Andante Festivo» de Sibelius.